

MANUEL LEÓN MEJÍAS

LA GRANJA

A mis hijos Manuel e Ignacio León Gómez,

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*Los hechos y personajes de esta novela son ficticios
Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia*

EDITA: EDITORIAL C&M
Edificio CREA Sevilla
Avda. José Galán Merino, s/n
41015 Sevilla
Teléfono: 954 488 871
e-mail: info@editorialcm.es
www.editorialcm.es

ISBN: 978-84-936167-1-7
Depósito legal: SE 390-2009

2ª Edición
Sevilla, Enero de 2009

Hay hechos en la actualidad que pueden ser irreales y criminales.

Mañana, pueden ser verosímiles y hasta éticos...

El Autor.

ÍNDICE

Capítulo I.....	9
Capítulo II.....	26
Capítulo III.....	44
Capítulo IV.....	52
Capítulo V.....	59
Capítulo VI.....	72
Capítulo VII.....	77
Capítulo VIII.....	116
Capítulo IX.....	129
Capítulo X.....	137
Capítulo XI.....	149
Capítulo XII.....	177
Capítulo XIII.....	183
Capítulo XIV.....	191
Capítulo XV.....	210
Capítulo XVI.....	235
Capítulo XVII.....	258
Epílogo.....	283

Capítulo I.

1

El vuelo 2140 de Iberia estaba a punto de aterrizar en el aeropuerto sevillano de San Pablo. Carlos observó a través de la ventanilla del avión, la Vega del Guadalquivir, la bella ciudad de Carmona; más allá, al Este, la campiña de Sevilla. No sólo era el avión quien iba a tomar tierra, él también debía posar los pies en el suelo, era menester bajar de esa nube de amor y placer que lo había envuelto junto a su amada durante el fin de semana en Madrid. Beatriz, su «chiqui», tenía que volver por el momento al almacén de sus anhelos. Le esperaba una dura semana de trabajo. Concretamente dos firmas de proyectos, entrevistas con dos promotores... pero no le importaba. La Arquitectura era su vida, su otra pasión. Delgado, elegante y de buena estatura, a pesar de sus cincuenta y cinco años, apenas aparecían canas por su abundante cabellera. Estaba considerado por sus amigas como un hombre muy interesante. Reconocía haber sido un don Juan. Le encantaba el galanteo. Sus conquistas amorosas eran abundantes, incluso con mujeres casadas. La edad, los consejos de su hermana y de su compañero Genaro, le habían hecho sentar la cabeza.

Una vez recogida su maleta, lo primero que hizo fue conectar el móvil. Comprobó que había una llamada perdida. Sin embargo, llamó primero a Beatriz para indicarle que ya estaba en Sevilla.

—No te olvides de mí, cariño —le dijo melosamente Beatriz.

—Nunca. Lo prometo Bea. Ya pienso en nuestro próximo fin de semana.

—Anímate y vente conmigo a Perú. El Machu Pichu... ¡lo pasaremos estupendamente!

Beatriz trabajaba como instructora Jefe de auxiliares de vuelo en la Compañía Iberia. A pesar de su cargo, hacía trayectos

aéreos de vez en cuando como sobrecargo. Lo necesitaba. No soportaba la monotonía de un despacho. Era su manera de desarrollar sus ansias de libertad.

Tenía cuarenta y tres años, pero no los aparentaba. Muy bella, de mediana estatura, tenía una media melena negra que le daba un aire oriental. Sus almendrados ojos eran de un verde intenso. Unas anacaradas mejillas rodeaban sus carnosos labios. Tan bello rostro era la culminación de un cuerpo de bandera. Exquisita y distinguida, mantener una conversación con ella suponía un auténtico placer «¿Dónde habrá estado esta criatura guardada todo este tiempo?» se preguntó Carlos cuando la conoció.

Fue en Sevilla, durante la Semana Santa. Disponía junto con su compañero Genaro Ochoa de un palco para ver las procesiones en la Plaza de San Francisco. Vino con su tío Esteban y su mujer que habían sido invitados por Genaro para presenciar los desfiles procesionales. Esteban Alberca era un conocido promotor de viviendas de Madrid. El primer encuentro fue el Martes Santo. El azahar perfumaba el aire y un color especial se enseñoreaba de toda la ciudad.

—Encantada —manifestó Beatriz besándolo protocolariamente cuando se lo presentaron. Carlos se prendó de ella. Desde ese momento su imagen se grabó en su retina. Charlaban, entre procesión y procesión, de sus respectivos trabajos, ambos amaban sobre todas las cosas la libertad, su libertad.

Carlos le comentó el desgraciado accidente aéreo de sus padres, fallecieron los dos hacía años en las proximidades de Bilbao. El avión de Iberia, procedente de Madrid, chocó contra la antena de un repetidor de televisión en la cumbre del monte Oitz, cerca del aeropuerto de Sondika. Murieron los 148 ocupantes. Era un Caravell. Al parecer había mucha niebla ese día.

—Lo recuerdo perfectamente. Ocurrió el 19 de febrero de 1985. En él viajaba el ex-ministro de Franco, López Bravo. Te parecerá increíble, pero recién salida de la Escuela de Azafatas me asignaron ese vuelo. Quiso el destino que unos días antes me las-

timara un tobillo por lo que no pude volar.

—Pues desde entonces me da no sé qué viajar en avión a Bilbao —arguyó Carlos—, en fin, que de la familia sólo quedamos mi hermana Carmen y yo.

—¿Es también arquitecto?

—No, es profesora de dibujo artístico en la Facultad de Bellas Artes de Sevilla. Ella derrocha su inspiración con los pinceles y yo con el cemento y los ladrillos.

—Ahora hay un nuevo aeropuerto en Bilbao. Es precioso. Se llama La Paloma.

Su conversación fue interrumpida por el sonido de tambores y trompetas; el olor a incienso sahumaba con intensidad los palcos. Llegaba el paso de la Hermandad de Jesús ante Anás.

—Popularmente se la conoce como la «Bofetá». Como ves, representa el pasaje del Evangelio en que un lacayo abofetea a Jesús ante el Sumo Sacerdote —le explicó Carlos.

Observó el escaso interés de Beatriz por las Cofradías, incluso parecía aburrirse.

—Sospecho que estás algo harta. ¡Y todavía quedan más Cofradías! —le advirtió.

—Es que llevo aquí desde las siete. Perdona, pero me parecen todas iguales —se quejó.

—¿Quieres verlas desde otra perspectiva? —dijo Carlos con evidente ánimo de llevársela a callejear—, así las verás distintas. ¡Ah!, y nos daremos unos *latigazos*, que para eso estamos en Cuaresma.

—¿Unos latigazos? —preguntó Beatriz sorprendida.

—Aquí, a tomarnos unos vinos, también le llamamos *latigazos* —aclaró Carlos.

Beatriz se rió con la ocurrencia del arquitecto. Se excusaron ante los demás, y se marcharon a andurrear por las calles, a sumergirse en ese invento sevillano que es la «bulla».

La mujer de su tío y la de Genaro Ochoa se dirigieron una

mirada cómplice cuando vieron que se marchaban juntos.

—¡Devuélvemela sana y salva al hotel! —dijo el tío de Beatriz a Carlos entre risas.

—No te preocupes Esteban, estaré a la hora del biberón —exclamó ella divertida.

Se adentraron entre el numeroso gentío. Carlos pretendía llegar hasta la Universidad para ver una Hermandad de la que él fue cofrade hacía tiempo. La de los Estudiantes.

—¿Te molesta la bulla, Beatriz?

—Más que molestar, me asusta. Nunca he estado en este oceano de gentes —respondió compungida.

La verdad es que la masa de personas se hacía cada vez más densa. Carlos decidió comenzar con los latigazos. A empujones pudieron colocarse, aunque muy apretados, en el mostrador de un bar repleto de criaturas ansiosas de «penitencia». Fue la primera vez que sintió el calor del cuerpo de Beatriz. Sin querer, le rozó con el brazo un pecho. Lo percibió turgente. Algo sacudió todo su cuerpo.

—¿Y a ti no te asusta este maremágnun? —preguntó Beatriz mientras degustaba como podía una fría cerveza.

—Nosotros sabemos andar por la bulla porque somos la bulla. Como dice al respecto el periodista Antonio Burgos, «En la bulla hay que dejarse ir, abandonarse en el gentío, y nunca tratar de luchar contra corriente del sentido de sus movimientos». Quiere decir que la bulla tiene sus normas. Si las cumples, no tendrás problemas —concluyó Carlos.

Marcharon hacia la fachada principal de la Universidad, y allí, sin excesiva aglomeración de público, pudieron ver la cofradía.

Serían las once de la noche cuando entraron en un restaurante muy frecuentado por Carlos. No había mesa libre, no obstante, el *maitre* ordenó habilitar una para él y su acompañante.

A la una menos cuarto de la madrugada, se despedían ante la puerta del hotel Inglaterra, en plena Plaza Nueva. Una cofradía

procesionaba en ese momento por el apeadero del Ayuntamiento.

—Carlos, así es como me gusta ver las procesiones, callejeando, y con los latigazos como tú dices —señaló riéndose.

El firmamento estaba constelado de miles de titilantes estrellas a cuál más luminosa.

—¿Te has fijado el cielo tan bonito que hay esta noche en la ciudad? ¡Qué azul oscuro más bello! —manifestó Beatriz.

—Ese azul apenas brilla comparándolo con el verde de tus ojos —respondió Carlos cariñosamente.

Se despidieron con un amistoso beso hasta el día siguiente.

—Mañana, no te pongas zapatos de tacones. ¡Me lo agradecerás! —le aconsejó el arquitecto.

Era Miércoles Santo. Carlos se retrasó bastante, pues tenía tareas que hacer en el estudio. Cuando llegó, invitó a todos aprovechando que no había en ese momento ningún «paso» desfilando, a un tapeo en un bar cercano.

Cuando iban a regresar al palco, Carlos manifestó a los demás su deseo de enseñar a Beatriz la famosa cofradía del Baratillo. Su capilla estaba en los aledaños de la Plaza de Toros.

—Me parece que esta Semana Santa va a ser el comienzo de una gran amistad —le dijo con cierta sorna la mujer de Genaro a la tía de Beatriz.

El Arenal estaba a rebosar. Como es costumbre, las farolas de la calle se habían apagado para contemplar la entrada en su templo de los pasos con la sola luz de las velas y candelabros. En un afán protector, Carlos se puso atrás de Beatriz y la sujetó con sus manos por los hombros. Sin quererlo, aún deseándolo, estaban ambos literalmente fundidos; notó cómo ella descansaba sobre su cuerpo. Era imposible dar un paso. Se encontraban como emparedados entre la multitud. Beatriz giró la cabeza y sonrió. Carlos la besó tiernamente. Ahora, la rodeó entera con sus brazos.

Hacia las doce y media de la noche, el gentío, una vez con-

cluida la entrada de la Cofradía en su capilla, comenzó a dispersarse. Pudieron caminar hasta un típico bar. Allí cenaron a base de raciones de queso, jamón y caña de lomo.

—Mañana me voy a levantar muy tarde para estar descansada, pues no me quiero perder a la Macarena —declaró Beatriz. Verdaderamente, ya no le parecían iguales todas la Cofradías.

—Ni la Esperanza de Triana, ni el Gran Poder, ni Los Gitanos... ¡la Madrugá de Sevilla es única! —dijo Carlos con orgullo.

—Se ve que te encanta la Semana Santa. Particularmente yo me decanto más por la Feria de Abril.

—¿La conoces?

—Muy por encima, cuando coincidía que dormíamos aquí. Pero había que levantarse muy temprano, porque nuestro vuelo salía a las siete y media de la mañana.

—¡Pues estás invitada este año! ¿Te gustaría? —le propuso Carlos.

—Me encantaría, y además tengo varios días libres. ¡Sí, seguro que vengo! —se quedó un instante pensativa y continuó—, Nada más llegar a Madrid, reservaré una habitación en este hotel.

—¡Nada de eso! ¡Estás invitada a mi casa! —dijo expeditivo Carlos.

Beatriz le miró a los ojos, sonrió e hizo una mueca de sorpresa.

—¡Bueno, tengo una habitación para invitados! —manifestó el arquitecto intentando dejar claras sus sanas intenciones.

—De acuerdo, pero sólo aceptaré si vienes a Madrid y te alojas en la mía. ¡Pero no tengo habitación de invitados! —dijo Beatriz entre risas.

En la puerta del hotel, entrelazadas sus manos, se despidieron hasta el día siguiente con un apasionado beso en los labios. A Carlos, esta Semana Santa, le empezaba a resultar especial, distinta... maravillosa.

La madrugada fue muy húmeda y fría. Como era costumbre, la mujer de Genaro llevaba una caja con deliciosos pastelillos de una

famosa confitería. Carlos, aportaba unas botellitas pequeñas de anís y coñac. Siempre que podía, aprovechaba el estruendo producido por los tambores y trompetas para acercarse más a Beatriz, para sentirla mejor, cuando le quería dar alguna reseña de las Cofradías.

A ella y sus tíos, les llamó la atención el contraste entre la sobriedad y silencio de la Cofradía del Gran Poder y el manifiesto alborozo y entusiasmo que provocó el paso de la Macarena. Igual aconteció cuando llegó la Esperanza de Tirana.

Esteban y su mujer, ateridos de frío a pesar de los pastelitos y el anís, así como Genaro y la suya, decidieron marcharse tras el paso de la Esperanza de Triana. Beatriz se quedó con Carlos hasta que pasaran Los Gitanos. Habían quedado en tomar, de amanecida, churros con chocolate.

Cogidos de la mano, pasearon entre las soñolientas personas que aún vagaban por las calles, hacia la churrería. Hacía frío. El despunte del día, tornaba el cielo del negro al gris. El chocolate hirviendo y los exquisitos «calentitos», les devolvió la vitalidad.

El camarero tuvo que esperar que Carlos dejara libres los labios de Beatriz, para decirle la cuenta. Daban la diez de la mañana del Viernes Santo cuando se despidieron en el vestíbulo del hotel Inglaterra hasta verse en Madrid el próximo fin de semana.

—¡No me olvides, Charli! —le dijo amorosamente Beatriz.

—¡Cuidado con los pilotos, hay algunos que!...

2

Transcurrida una semana, tomó un avión a Madrid. Esta vez no le movía a visitar la ciudad ningún negocio, ninguna exposición, ni otro evento profesional. Una bellísima mujer era el motivo sustancial de su viaje.

Al llegar a Barajas, la llamó y le anunció que en el tiempo que tardase el taxi, estaría en la Plaza de la Cebada número 112.

Lo primero que vio Carlos al apearse del coche, fue el teatro de La Latina, el templo de las musas de don Matías Colsada.

Una vieja canción le vino automáticamente a la mente:

«Somos las chicas alegres que trajo Colsada para aliviarles su mal humor...»

—¡Qué tiempos aquellos! —suspiró. Llamó al 3ºD a través del telefonillo.

—¡Sube, Charli! —su distorsionada voz se oyó pletórica de júbilo.

Vivía en un piso realmente coqueto. La decoración denotaba un gusto exquisito con predominio de colores pastel y azul. El mobiliario creaba un ambiente minimalista. Los dos se sentaron en un mullido sofá rojo con las manos entrelazadas. Se miraron y se besaron apasionadamente.

—¿Quieres café o una copa? —preguntó ella.

—Pues prefiero una copa. Un *gin tónico*.

Beatriz, trajo una cubitera y una botella de *Beefeater* con dos botellines de agua tónica. Ceremoniosamente llenó el vaso de Carlos y se lo ofreció. Carlos la miró fijamente a la cara. Una lujuriosa sonrisa afloró en sus labios.

—Bea, tengo que reconocer que eres una mujer original.

—¿Y eso? —preguntó extrañada.

—Nunca antes una mujer me ofreció una copa en su casa... vestida —le espetó de sopetón marcándose un evidente farol.

—¿Y cómo te la ofrecen? —preguntó intrigada.

—¡Desnuda, completamente desnuda! Por eso eres original al ofrecerme la copa con ese vestido.

—¿Quieres que me cambie de vestido? o...

Carlos la miró fijamente a los ojos.

—¡Qué listillo eres mi amor! —hizo un mohín pícaro y se levantó.

El arquitecto sintió un agradable cosquilleo por todo el cuerpo. Sobre todo cuando comprobó la seguridad de la joven al echar las cortinas y marcharse a su dormitorio. No se hizo esperar mucho. Apareció desnuda, mostrando su bello cuerpo. El pelo

negro, sus pechos turgentes coronados por dos pezones rodeados por unas aureolas sonrosadas, el pubis escasamente poblado de vello... Azorada, intentó tapárselo con las manos al ver la penetrante mirada de Carlos. Dos finos y preciosos muslos soportaban su apetecible cuerpo. Lo que más reavivó su ardiente pasión fue la sonrisa pícara que se dibujaba en el rostro de Beatriz. Estaba deslumbrante. Carlos se levantó y la estrechó entre sus brazos con fuerza. Sus labios se fundieron en un alargado beso. Bajó las manos hasta sus redondas y tibias nalgas. Sin dejar de mirarse a los ojos, se sentaron en el sofá. Tomaron un sorbo de *gin tónico*. Seguían en silencio. Carlos notaba que algo interno estaba a punto de explotar entre sus piernas.

—¿Ya? —preguntó ardiente el arquitecto.

—¡Ya! —contestó de manera sensual la azafata.

Marcharon abrazados hasta el dormitorio. Sólo había una tenue luz. Ambos respiraban de forma rápida. Se fundieron ambos cuerpos. Él, encima, la cabalgaba con pasión; ella gritaba, bramaba de placer. Cuando ambos alcanzaron el clímax, sus mentes quedaron unos segundos en blanco. Fue un fin de semana verdaderamente maravilloso, inolvidable.

El domingo por la tarde Beatriz lo llevó en su coche al aeropuerto de Barajas. El vuelo de Carlos salía a las nueve de la noche hacia Sevilla.

Estaban abrazados esperando la voz que amablemente invitaba a los pasajeros a embarcarse en el avión. Se besaron con ardor. «Señores pasajeros con destino Sevilla, embarquen por la puerta número 9».

Pasado un tiempo, Beatriz tuvo que viajar a Barcelona por motivos profesionales. Le pidió que la acompañase. Era una buena excusa para disfrutar de unos días juntos. El viernes, visitaron las numerosísimas terrazas que aparecen por doquier. Prefirieron las del Port Olímpic. Por la noche cenaron en un restaurante griego situado en el Exeimple, el *Planet Greece*. Allí brindaron con vino griego y degustaron platos típicos del país heleno, deliciosos y va-

riados entrantes, *Mussaka*, y como postre, el espeso yogur griego con miel y nueces. El restaurante, como tradición, los obsequió con un *Tsipuro*, licor de anís casero típico del norte del país, un excelente digestivo. Después de cenar, visitaron en Les Cort una terraza muy concurrida bajo las estrellas, *Elephant*.

El sábado lo pasaron con un matrimonio muy amigo de Carlos, Ángel Luis y Arantxa. Él era médico cirujano plástico; ella, licenciada en Geografía e Historia. La amistad comenzó en Sevilla. Los dos amigos habían estudiado el bachiller en los Jesuitas.

En el aeropuerto del Prat se volvieron a despedir. Ella volaría directamente a Madrid y él lo haría a Sevilla. Se besaron con vehemencia antes de despedirse.

—El Lunes de Feria te recojo a las siete de la tarde en el aeropuerto. Y por la noche vamos a tomar el *pescáiito frito* a mi caseta para esperar la prueba del alumbrado —le dijo cariñosamente Carlos.

—Ya estoy contando los minutos. Seguro que vamos a pasar una Feria de Abril inolvidable.

El problema de la Feria es que a veces se celebra muy próxima a la Semana Santa y no hay materialmente tiempo de dedicarle un espacio de vísperas, porque en Sevilla lo mismo que «huele a Semana Santa», también «huele a Feria» y hay veces que ambos olores se yuxtaponen.

Ese fue el comentario de Beatriz a Carlos a su llegada al aeropuerto sevillano, «¡Pero, si no hace nada de tiempo que estábamos con los tambores!». Tomaron el camino hacia el piso del arquitecto situado en la calle Don Remondo, próxima al palacio arzobispal. La vía, de aspecto señero, era estrecha y silenciosa. Entraron en el aparcamiento particular. Carlos, miró para comprobar que no había nadie y se echó sobre ella acariciándole los pechos.

—¿Te gustaría hacerlo aquí? —preguntó besándola en la boca.

—Tiene su morbo, lo mismo que en el ascensor —contestó lujuriosa.

Se mantuvieron un tiempo abrazados y tocándose como dos chavales. Carlos le introducía la lengua en su oído izquierdo,

su piel se estremecía por momentos.

—¿Sabes una cosa? He estado preguntándome estos días dónde estaba escondido un hombre como tú. ¿Seguro que no hay nadie por ahí interesada en dominar tu corazón?

—Eso mismo me dije cuando te conocí en Semana Santa —la besó en la mano y salieron por fin del coche.

El piso de Carlos era elegante. Se respiraba orden y concierto por todas partes. El mobiliario, muy conservador. La mayoría de los muebles eran de caoba. Buenos cuadros al óleo de selectos autores costumbristas sevillanos. Desde un balcón con un precioso cierre de hierro forjado, se veía parte de la Plaza Virgen de los Reyes. Beatriz abrió una hoja y recibió el estruendoso saludo de las campanas de la cercana Giralda.

Carlos le proporcionó un batín de seda roja que le había comprado. Estaba verdaderamente preciosa con él puesto. Se sentaron para tomar un aperitivo. Un excelente jerez con unas aceitunas rellenas de anchoas. Carlos se fue hacia un ropero de su dormitorio y le entregó un paquete.

—Es para ti. Seguro que te gustará.

Beatriz lo abrió nerviosa como una chiquilla que recibe un regalo.

—¡Por Dios, es precioso! —exclamó cuando vio el traje que le había regalado Carlos—. ¡Qué bonito traje de faralaes!

—¡De faralaes no! , se dice de flamenca —le corrigió el arquitecto.

Se bañaron juntos. El alargado cuarto de baño disponía de una música ambiental muy sugerente. Juguetearon en la bañera hasta terminar fundidos, mojados por el sudor y el agua. Se secaron y se echaron desnudos sobre la cama del dormitorio. Hicieron el amor.

—¿Quieres un cigarrillo? —le propuso Carlos.

—Es lo que se dice siempre en las películas después de... hacerlo —contestó sonriente Bea. Carlos le guiñó un ojo.

—Pues voy a coger dos más porque esto va a continuar —manifestó el arquitecto. Ella estaba bocabajo, con los codos

flexionados. Apoyaba su barbilla entre las palmas de sus manos. Se la veía ilusionada. Se quedó mirando fijamente a Carlos con una sonrisa traviesa.

—Mi amor, ¿eres feliz?

—¿Feliz? Me acuerdo ahora de lo que decía nuestro profesor de filosofía en el colegio: «La felicidad consiste en prosperar, no en haber prosperado». Quiero decir que no me siento feliz sólo por haber llegado contigo a estas alturas. Necesito avanzar más y más en mi amor hacia ti. Es así como disfrutaré de la auténtica felicidad —exclamó dándole una suave palmada en sus nalgas.

Hicieron nuevamente el amor. Se mostraban extasiados y ahítos de tanto placer y gozo. Pero se tenían que vestir pronto, puesto que a las diez de la noche estaban citados con Genaro en el Real de la Feria. Era la noche del «pescaíto frito», la prueba del alumbrado, y después, una semana entera para la diversión, la charla y el baile.

En la caseta de Carlos y Genaro, sencilla y bellamente engalanada, no faltaba el fino de Jerez o la manzanilla de Sanlúcar de Barrameda; las gambas, el jamón, las sevillanas, las palmas, la guitarra y, porqué no, el tamboril rociero. Beatriz estaba extasiada ante tanto colorido y alborozo. El vino le entraba sin ninguna dificultad.

—Charli, temo que me pueda marear con tanto vino —advirtió Beatriz.

—No te preocupes cariño. Lo importante es comer. Y siempre está a mano un caldito de puchero, con un chorreón de vino y hierbabuena que te dejará como nueva. Pero ahora dale *caña* al jamón y al pescaíto frito —le dijo besándola en la mejilla.

El alcalde de Sevilla, acompañado de miembros de la Corporación, fue el encargado como es habitual, de accionar el sistema que dio luz a las cero horas del lunes a 22.000 bombillas de la portada de la Feria y a las 350.000 restantes repartidas por las calles del recinto ferial.

El alumbrado, dio paso a la diversión de miles de sevillanos y visitantes concentrados en torno a la portada. Era el pistoletazo de salida

un año más de una fiesta que se desarrolla a lo largo de toda una semana.

—¡No hay duda mi querida Beatriz que te gusta más la Feria que la Semana Santa —le dijo al oído Genaro cariñosamente—. Ha hecho todo lo posible para que bailases con él y no lo ha podido conseguir. —Beatriz se reía con satisfacción al ver el gracioso contono de Carlos Bailando una sevillana con la mujer de Genaro.

A las doce de la mañana del día siguiente ya estaban dispuestos para ir otra vez a la Feria. Carlos se quedó maravillado cuando la vio con su traje de flamenca. Era azul con lunares blancos. Le resaltaba maravillosamente el talle. Estaba preciosa. Se cubría los hombros con un mantoncillo de seda blanco.

Un bello enganche a la inglesa, con guarniciones de charol, cocheros y lacayos con botas altas, pantalones de montar y levita, esperaban a la pareja en la plaza Virgen de los Reyes. Beatriz quedó extasiada ante el sobrio y elegante coche de caballos.

Llegaron al paseo de caballos. El día era radiante. Cocheros vestidos de bandoleros, con pañuelo en la cabeza y el chatite, chaquetillas de borlaje, enganches a la calesera, muy propios de Sevilla. Multitud de lujo de detalles en los faetones, landau, break, carretelas y todo un museo en movimientos de carruajes perfectamente conservados.

Fue una Feria de Abril inolvidable para los dos. También fue el comienzo de su relación amorosa, pero eso sí, respetando cada uno su inestimable libertad.

—Seré un bicho raro, pero prefiero desearte a tenerte, no sé si me explico —le dijo Carlos al oído.

—Pues entonces ya somos dos, porque a mí me pasa igual. La ilusión de verte, supera a la supuesta tranquilidad de lo constante —le contestó tomando amorosamente su mano.

Madrid y Sevilla se alternaban para acoger cada fin de semana el amor impulsivo de ambos. Precisamente de Madrid acababa de llegar Carlos.

Antes de sacar el coche del aparcamiento del aeropuerto,

comprobó que la llamada perdida en su móvil pertenecía a doña Patricia, la señora a la que le tenía que hacer una planimetría en su finca de Utrera.

Ya en dirección a la ciudad, quedó prendado de la bella silueta de la Giralda sobre un cielo pletórico de colores naranjas, violetas cálidos y fríos. Por fin, llegó a su casa de la calle Don Remondo. No había puesto todavía los pies en el suelo del garaje, y Beatriz, sus besos, su perfume, seguían abrazándolo. Cenó frugalmente y se fue a dormir.

Al amanecer, se duchó y se preparó para ir a su estudio de arquitectura de Sevilla. No estaba lejos del domicilio, en la Avenida de la Constitución, con una espectacular vista sobre la Catedral. Lo compartía con Genaro Ochoa.

Montera-Ochoa era un estudio de arquitectos que, poco a poco, se había consolidado no sólo en la ciudad sino en varias capitales españolas. Genaro lo estaba esperando en su despacho. Tomaron café y pasaron al de Carlos. Éste se veía observado por la perspicacia de su compañero. El comentario no tardó en producirse.

—Veo que has pasado un fin de semana cojonudo...

—No me puedo quejar Genaro, no me puedo quejar. —Tras unos instantes, señaló—, la verdad es que Bea me tiene no ya enamorado, sino obsesionado.

—Aunque sea meterme en lo que no me importa, creo que va siendo hora que aclaréis vuestra situación sentimental —manifestó Genaro.

—¿Sabes qué? Somos dos almas libres, independientes. No sé si decirte que deseamos más añorarnos que vivir juntos las veinticuatro horas del día. Nos horroriza la monotonía. Precisamente ésa fue una de las razones por la que decidí ser arquitecto, nuestro trabajo nunca es el mismo, nuestra imaginación está siempre dispuesta. Tú lo sabes perfectamente, ningún edificio, ningún proyecto, es exactamente igual.

Gracia, la secretaria, entró en el despacho de Carlos.

—Don Genaro, Barcelona por la línea dos de su despacho.

Carlos aprovechó la salida de su colega para sacar de un cajón de la mesa una foto de Beatriz. Se quedó mirándola fijamente y, con un incontrolado impulso, se la llevó a sus labios. El embelesamiento duró poco. Genaro volvió a entrar.

—Buenas noticias, señor arquitecto. Conespa ha admitido nuestro proyecto para construir una urbanización en Cubellas. De manera que vete preparando, pues en pocos días tendrás que estar con don José, ya sabes, el propietario de la Compañía.

—¿Y lo de Mairena del Aljarafe?

—Caramba chico, pensaba decírtelo hoy almorzando, también han aceptado nuestro proyecto. De manera que bingo por partida doble.

—Pues vamos a tener que tomar vitaminas. Mañana tengo que hablar con el superior de los Salesianos de Utrera. He realizado un estudio para intervenir en el saneamiento de una techumbre del Colegio.

—Carlos, mi opinión es que el estudio de Utrera lo deberías traspasar a otro compañero. Gracias a Dios, creo que vamos a necesitar dedicar más horas a éste. Es mi parecer.

—No creas que no lo he pensado. Pero en fin, por ahora voy a seguir aunque sea para trabajos menores.

Carlos se acordó de doña Patricia. Le había prometido medir unos terrenos de su finca La Monterilla, ubicada al sur de Utrera. Doña Patricia Dorado Fernández era hija del que fue agricultor y ganadero de reses bravas, don Antonio Dorado Mejías. Lucía espléndidamente sus setenta y nueve años. Había sido, era, una mujer de bandera en toda regla. En sus años mozos, fue deseada por varios hombres de la alta sociedad sevillana. Se casó muy joven y tuvo dos hijos, Patricia y Ángel Luis. Era viuda de don Nicolás Arias Fernández, perteneciente a una saga asturiana que se había afincado en Sevilla desde finales del siglo XIX, y fundador de La Monterilla. En sus grandes extensiones de terreno se cultivaba remolacha, maíz, algodón y alfalfa. Disponía, a parte de un espléndido cortijo donde

pasaban la mayor parte del año, de una gañanía para el albergue de por los menos cincuenta jornaleros, hombres que, provenientes de Las Cabezas de San Juan, Lebrija y algunos pueblos limítrofes, trabajaban como temporeros en las tareas de roturación y siembra de la fértil tierra, del riego y la recolección.

Precisamente en verano, Carlos era invitado por los padres de Ángel Luis a pasar largas temporadas en la Monterilla. Aún hoy recordaba con afecto muchos momentos de su estancia en ella, como aquellos largos paseos mañaneros que un empleado les daba por la finca montados en un coche de caballos muy pequeñito tirado por un simpático pony, regalo de don Nicolás a sus hijos. Miraban a los gañanes en el duro trabajo con sus zahones de tela blanca, manchados de barro. Carlos observaba con asombro cómo un carro partía todas las mañanas portando una gran cantidad de cántaros de barro de Lebrija con agua fresca para los que trabajaban en el tajo. Y la figura del capataz. Diego, hombre de prietas carnes y de recio carácter, montado en su caballo negro, siempre observando y vigilando el campo y la faena. Cuando se metían en el extenso sembrado de alfalfa para la que era su afición favorita, remojarse con el agua de los potentes aspersores de riego, aparecía y les regañaba siguiendo instrucciones de don Nicolás. Otras veces, los invitaba a aprender cosas de la naturaleza en general y del campo en particular. Un día, estando junto a un canal de riego, encontraron una extraña piedra completamente revestida de moho. Se la llevaron para que les explicase qué era aquello. Diego cogió el raro objeto y espetó sin ambages, «Es un metal metaloide» y se quedó tan tranquilo.

Por la tarde, hacia las siete, un hombre, con permiso del capataz, montado en una motillo Guzzi Hispania roja con unas angarillas de esparto llenas de higos chumbos, tabaco Celtas cortos, y varias botellas de vino blanco y tinto, se acercaba a la gañanía y vendía los higos ya pelados, así como el vino en unos jarrillos de lata. Nunca olvidó el olor característico del trabajador a barro y sudor.

Tampoco los baños en la gran alberca que servía para el

riego. Ni por supuesto, ya más mayorcito, las miradas atrevidas hacia Patri, la hermana de Ángel Luis, cuando se bañaba con ellos y dejaba ver el pequeño bulto de sus incipientes pechos a través del bañador mojado. Menos aún la pesadez y hartazgo de las charlas con el padre don Fulgencio, de la comunidad salesiana de Utrera, que siempre andaba examinándolos sobre el catecismo, y asustándolos con el fuego del infierno.

Eran estas charlas, los domingos por la tarde noche, confesión de los pecados cometidos incluida, antes que el sacerdote celebrara misa en una pequeña capilla del cortijo. Cuando Eusebio, el chofer de los señores, lo retornaba al Colegio de Nuestra Señora del Carmen en Utrera, ya sólo quedaba la emoción de ver una película, exhibida con un proyector marca Marín de 16 mm y que solían ser del Oeste, del Gordo y el Flaco, y por supuesto españolas como *Alba de América*, *Locura de Amor...* ¡qué emoción cuando aparecía en la pantalla el logotipo de «Cifesa presenta...»!

La hija de doña Patricia, se casó con un médico norteamericano y se marchó con él a Dallas. Ángel Luis, de la misma edad que el arquitecto, estudió el bachiller en los Jesuitas. Allí intimó con Carlos y su amistad duraba hasta el día de hoy. Tras licenciarse en Medicina, se especializó en Cirugía Plástica. Se casó con una chica llamada Arantxa y ahora trabaja en el Departamento de Cirugía Plástica y Reparadora del Hospital Vall d' Hebrón.

La Monterilla estaba separada por un camino de albero no muy ancho, de otra finca llamada Cuatro Caminos. Había sido propiedad de un hacendado mexicano que contrajo matrimonio con una bella utrerana. No tuvieron descendencia. Cuando murieron, sus familiares más allegados la vendieron, hacía unos veinte años, a un ciudadano francés. Éste, la remodeló totalmente. Lo que era la gañanía lo convirtió en caballerizas. Construyó una casa para los guardas y un almacén para amontonar el pienso de los caballos, las herramientas del hortelano y las del encargado del mantenimiento. El cortijo, fue transformado en una especie de hotelito para los invitados.